

Relatos de la escritura antropológica y espacialización de lo narrado

Antropología en Colombia en la década de 1970. Terrenos revolucionarios y derrotas pírricas

ELIZABETH BERNAL GAMBOA
Universidad Nacional de Colombia,
Bogotá, 2016, 319 pp., il.

HAN PASADO más de ochenta de años desde que se institucionalizó la antropología colombiana a través de las entidades creadas en el seno del Estado, entre las que se encuentran el Servicio Arqueológico Nacional, el Instituto Etnológico Nacional y sus sedes en los departamentos del Cauca, Magdalena, Atlántico y Antioquia. Caracterizadas por intentar entablar una red entre la investigación, la formación especializada y la colección/exposición, fueron entidades que delimitaron el campo antropológico en Colombia a mediados del siglo xx. La emergencia de los programas de pregrado universitario en esta área en la década de 1960 se cimentó en las experiencias de las anteriores instituciones, así como en las redes académicas que definieron quiénes participaron en su configuración.

La antropología, al igual que otros saberes sociales, no se desvincula de los tránsitos de la(s) realidad(es), sino que se transforma bajo las tensiones que se ciernen sobre su práctica; por ello, realizar un estudio sobre la misma conlleva la búsqueda de distintos materiales que respondan a las formas de hacer antropología en cada contexto. Como lo menciona Elizabeth Bernal en su libro *Antropología en Colombia en la década de 1970. Terrenos revolucionarios y derrotas pírricas*, en estos años rápidamente el panorama disciplinar cambió por los movimientos sociales que acontecieron, lo que abre paso a su investigación desde la llamada *literatura gris*, es decir, “los documentos caracterizados por tener orígenes, distribución y acceso diferentes a la literatura tradicional, académica o de publicación comercial,

como libros y artículos de revistas” (p. 56), lo que la lleva a dirigir su mirada a los trabajos de grado e informes de pregrado.

La cercanía del ejercicio antropológico con la escritura hace que las palabras que son producidas durante las investigaciones queden inscritas en distintos medios, como: cuadernos de notas, informes, registros en papeles, *post-it*, correspondencia formal e informal, ponencias, trabajos de grado, tesis, artículos, pósters, libros, etc. A estos se añan otros tipos de registros como los visuales y los sonoros. No todo se guarda, no todo se publica y no todo circula ampliamente. El círculo académico ha dado prelación a una documentación filtrada, evaluada y estandarizada por parámetros dispuestos por las editoriales y los sistemas de indexación, que al quedar fijada en estos lugares, adquiere un estatus determinado que le permite transitar en un mundo de *pares*. Sin embargo, estos documentos son solo una parte del amplio universo de registro del quehacer disciplinar, de forma que indagar por esas otras escrituras abre paso a develar otras caras del poliedro que constituye la episteme antropológica.

El trabajo de Elizabeth Bernal se enmarca en una tendencia de investigaciones sobre historia y antropología de la antropología que se abrió camino en las últimas décadas. Sin negar o separarse de la tradición reflexiva que ha caracterizado el ejercicio antropológico desde su disciplinización, se encauza en comprender las particularidades que han distinguido este saber, debate que ha sido abordado por distintas generaciones de antropólogos. Desde los primeros egresados —llamados *pioneros*—, docentes e investigadores del Instituto Etnológico Nacional creado en 1941, quienes publicaron balances sobre el estado de las investigaciones etnológicas y arqueológicas en Colombia, a las publicaciones de los docentes de los programas de antropología de las universidades durante las últimas décadas del siglo XX e inicios del XXI, y recientemente, las investigaciones de estudiantes y jóvenes egresados, como Elizabeth, que se han especializado en este tema y han dedicado sus tesis de pregrado y posgrado a estas cuestiones.

Esta última generación de antropólogos y antropólogas reflexionan desde las propuestas de la antropología de la antropología, siguiendo autores como Roberto Cardoso de Oliveira (2004), Esteban Krotz (1996), George Stocking (2002), Eduardo Restrepo y Arturo Escobar (2004), Tomas Gerholm y Ulf Hannerz (1982), entre otros. En esta línea, Bernal hace parte de un grupo de estudiantes de pregrado, posgrado, investigadores y docentes del departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, que se reunieron para cuestionarse sobre distintos aspectos del pensar y quehacer disciplinar desde hace unos quince años. El primer seminario de este grupo abierto al público académico se llevó a cabo en 2005, y allí se presentaron reflexiones que provenían de investigaciones que ya tenían un camino andado y otras que apenas iniciaban. La investigación de la autora inició en aquel entonces en un ambiente de debate y maduró con el pasar de los años.

En esta medida, no es posible entender el trabajo de Bernal como un caso aislado, sino como parte de una tendencia que ha abierto reflexiones y discusiones sobre las historias y los quehaceres asociados al saber antropológico. Ahora, su estudio toma como materia prima los trabajos de grado e informes universitarios, ¿por qué son relevantes y qué expresan estos documentos? En la actualidad existen cerca de nueve programas de pregrado en antropología en universidades públicas y privadas en diferentes ciudades del país, muchos de ellos se consolidaron a finales del siglo xx e inicios del XXI. Los cambios en la formación universitaria y el auge de programas de posgrado han llevado a que no sea necesario realizar una investigación para finalizar la carrera, dando paso a otras opciones de grado, como la realización de pasantías, la inscripción de cursos de maestría o la publicación de artículos.

Si bien las investigaciones realizadas durante el pregrado tienen limitaciones, permiten comprender en la práctica las relaciones teóricas y metodológicas con las problemáticas planteadas. También muestran las cercanías y las distancias entre la academia y los espacios a los que se

ANTROPOLOGÍA		RESEÑAS
<p>pretenden acercar aquellos que se forman en esta disciplina; por medio de estas experiencias de investigación, los estudiantes dan cuenta de la dificultad de implementar o ajustar marcos teóricos o conceptuales que son aprendidos en los salones de clases a las diferentes problemáticas abordadas en sus estudios. Para algunos, la elaboración de un ejercicio de investigación que culmine en un trabajo de grado o tesis continúa siendo parte del rito de paso que los convierte y legitima como antropólogos. Bajo una mirada más amplia, a partir de estos documentos es posible estudiar los tránsitos de la formación académica, entendiendo la antropología universitaria como un conjunto conformado por los planes de estudios y las actividades derivadas del ejercicio docente y estudiantil.</p> <p>La propuesta de Bernal para realizar su análisis a través de los “<i>terrenos antropológicos</i> [comprendidos como] la concurrencia de territorialidades que surgen en el ejercicio consciente de realizar una investigación como parte de esta disciplina científica” (p. 69), permite acercarse a las prácticas disciplinares en su relación con diferentes espacios o</p> <p>[...] territorialidades nacionales y globales que participan en la conformación de sus lugares de estudio; territorialidades de las poblaciones a investigar, ya sea de los grupos humanos habitantes de un lugar o grupos del pasado; y territorialidades de quienes se aproximan como estudiantes, profesionales o investigadores. (p. 69)</p> <p>Con esta propuesta, la autora avanza sobre los anteriores estudios de historia y antropología de la antropología que analizaron las tesis de grado y habían “desarrollado sus interpretaciones a partir de datos estadísticos” (p. 64). A diferencia de las investigaciones precedentes, el análisis espacial le permite rastrear distintos elementos sobre la disciplina (distribución de los estudios, lugares de estudio, grupos poblacionales, temáticas estudiadas...) y lo que estaba ocurriendo en el país. Aunque nos habla sobre las tendencias que imperaban en cada uno de los departamentos de antropología en la década de 1970, también refiere a las realidades locales</p>	<p>en cada una de las regiones del país a las que se dirigían quienes estudiaban antropología.</p> <p>De la lectura transversal de los documentos analizados por Bernal emergen cuestionamientos que no solo apelan a los trabajos universitarios, sino al ejercicio disciplinar en el ámbito nacional, ¿cómo relacionar marcos teóricos o metodologías con las inquietudes que surgen en el día a día de la investigación?, ¿cómo influyen las redes académicas y sociales en las que son partícipes los investigadores en sus estudios?, ¿cuáles son las tensiones que determinan los contenidos de los documentos y sus espacios de circulación?, ¿a qué atienden los diferentes tipos de registro realizados por los antropólogos?, ¿qué tipo de documentación se requiere para analizar diferentes preocupaciones que confluyen en la antropología de la antropología? y, teniendo en cuenta la diversidad de programas de estudios, ¿qué tipo de quehacer antropológico tiene lugar en cada uno de estos y cómo se les analiza en conjunto?</p> <p>En síntesis, la investigación adelantada por la autora nutre los debates actuales de la historia de la antropología en Colombia y trae a los lectores un análisis de la disciplina a partir de un cuerpo documental de baja circulación que ha sido poco cuestionado. Su novedad se encuentra precisamente en centrar la atención en otros espacios de escritura en los que es posible rastrear el ejercicio antropológico, es decir, en las experiencias de investigación propias de la formación de pregrado de antropología que se materializan en los informes y trabajos de grado. Si bien recientemente se han realizado estudios sobre el ejercicio profesional de los egresados de las carreras de antropología de diferentes universidades del país, así como simposios sobre este tema en congresos nacionales de antropología, los trabajos de grado continúan siendo un material secundario de reflexión para quienes indagan por la epistemología disciplinar.</p> <p>Bernal analiza estos documentos y permite comprenderlos como testimonios de cómo se piensa y se hace antropología en el país; su estudio es juicioso y genera cuestionamientos que son valiosos para interpretar las transiciones de la disciplina a lo largo</p>	<p>de su historia, llamando la atención en la interrelación de la academia con las realidades del país. La lectura de este libro trae también a la mesa una reflexión sobre el lugar e importancia de la investigación en el proceso de formación de pregrado.</p> <p>Así como Bernal analizó las tesis e informes para comprender los terrenos antropológicos de la década de 1970, hoy habría que fijar la mirada en otros tipos de escritura para hacer una antropología de la antropología del presente. Los campos de desempeño de los antropólogos se han diversificado en las últimas décadas, por lo que valdría la pena realizar un análisis espacial como el propuesto por la autora para otras escrituras, como por ejemplo las evaluaciones e informes de gestión que hacen parte del ejercicio antropológico, entre otras formas más de registrar el pensar y quehacer de este saber.</p> <p style="text-align: right;">Aura Lisette Reyes Gavilán</p>